

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

PESETAS

ADOLPHE BELOT

La Boca de la Sra. X..., un tomo.....	2
Flor de crimen, dos tomos: cada uno.....	3
Las Fugitivas de Viena, un tomo.....	2
Reina de Hermosura, un tomo.....	3
La Sultana Parisiense, un tomo.....	2
La Fiebre de lo Desconocido, un tomo.....	2
La Venus Negra, un tomo.....	1,50
Los Misterios Mundanos.....	1,50

ARTHUR A. MATTHEY

La Bella Julia, un tomo.....	1,50
La Virgen Viuda, un tomo.....	2

EMILE RICHEBOURG

La Señora del Velo Negro, un tomo.....	2
Juan Lobo, tres tomos, cada uno.....	1

JULES CLARETIE

El Tren 17, un tomo.....	2
--------------------------	---

OCTAVE FEUILLET

El Diario de una dama, un tomo, <i>tercera edición</i>	1,50
--	------

PONSON U TERRAIL

El Diamante del Comendador, un tomo.....	1,50
--	------

XAVIER DE MONTÉPIN

Su Majestad el Dinero, cinco tomos: cada uno..	1,50
Su Alteza el Amor, seis tomos: cada uno.....	1,50
La Hija de Margarita, seis tomos: cada uno....	2,50
Madame de Tréves, un tomo.....	3
El último Duque de Hallali, dos tomos: cada uno	1,50
Una nueva Bailarina, un tomo.....	2
Simona y María, tres tomos: cada uno.....	2
El Proceso de Saint-Maixent, un tomo.....	2
La Condesa de Rahón, un tomo.....	2
La Confesión de un Bohemio, un tomo.....	3
El Vizconde Rafael, un tomo.....	2
La Fatalidad, un tomo.....	1,50
La Venganza del Vizconde, un tomo.....	2,50
El Chalet de las Lilas, un tomo.....	2,50
El Secreto de la Condesa, un tomo.....	2,50
Pivoine, un tomo.....	1,50
Mignonne, un tomo.....	2
La Perla del Palais-Royal.....	2

ADOLPHE BELOT

LAS BAÑISTAS

DE

TROUVILLE

TRADUCCIÓN DE

ENRIQUE PASTOR Y BEDOYA



MADRID

TIPOGRAFÍA HISPANO-AMERICANA

65 - Calle de Atocha - 68

1884

85790

29753

543
B

Pa 2193

B7

B38

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS BAÑISTAS DE TROUVILLE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

A bordo del bergantín *Sócrates*, 27 Abril 186...

Un mes hace que abandonamos las costas del Brasil, y transcurren aún tres semanas por lo menos antes que lleguemos al Havre, aunque naveguemos con viento favorable; porque el *Sócrates*, sobre el que tomamos pasaje en Pernambuco, merece, bajo todos aspectos, el nombre con que se le ha bautizado. Difícil sería encontrar en toda la marina mercante francesa otro igual, por su prudencia y lentitud. Diríase que vacila, consulta y filosofa antes de decidirse, obedeciendo á la presión del viento, á franquear una ola. Su proa, gruesa, ancha y redondeada, como las de los navíos holandeses y flamencos, se confundiría con la popa, si no se viese en ella el mástil del bauprés. El Océano pone cuanto está de

su parte para dejarse hendir por aquella masa, y gracias á esto no retrocedemos en vez de avanzar.

Avanzamos, sí, ¡pero tan poco! El *Sócrates*, izadas todas sus velas, foques y arrastraderas, anda apenas seis nudos por hora. Fácil es calcular cuánto tiempo sería necesario con tal marcha para atravesar el Atlántico de Oeste á Este, y pasar del octavo grado de latitud Sur al cuarenta y nueve de latitud Norte, sin contar con los vientos contrarios, durante los cuales es preciso bordear; el mal tiempo, que os obliga á separaros sin cesar de la ruta, y las calmas chichas bajo los Trópicos. La mar se parece entonces á una gran balsa de aceite; ningún soplo la riza, y el buque, como si hubiese echado el ancla, permanece en el mismo sitio semanas enteras.

No hemos tenido que sufrir, sin embargo, ninguna de esas contrariedades, pues el viento nos ha sido favorable siempre y se ha mostrado clemente para con nosotros en el Ecuador. Si no andábamos, era porque el *Sócrates* no quería.

¿Por qué me encuentro yo sobre este buque que no llena ninguna de las condiciones de barco? Porque no tenía otro remedio. En la época en que me embarqué para Francia,

el *Sócrates* era el único bergantín que se dirigía al Havre. Estoy, además, bajo el poder de mi padre y de mi madre, y se muestran demasiado celosos de su autoridad para tomar parecer á su hija, á pesar de sus veinte años y su precoz experiencia.

En fin, me encuentro en el *Sócrates*, ya nombrado, á los treinta y ocho grados de latitud Norte y treinta y tres de longitud. No puedo equivocarme, puesto que copio el libro de á bordo, que me proporciona también la mayor parte de los términos de marina que empleo. Estamos cerca del Cabo de Flores, en las islas Azores, donde piensa el capitán detenerse algunas horas para embarcar víveres frescos. Una hermosa brisa del Sudoeste pone empeño en empujarnos. La mar, serena y de un azul claro, se confunde á lo lejos con un cielo soberbio por su hermosura y transparencia nacarada, y las aguas proyectan blanquísimas estelas al rededor del buque. En una palabra, todo nos sonríe: el viento, el cielo, hasta el capitán, que lo hace pocas veces... ¡Y sin embargo, me fastidio, me aburro!

Pero de tal manera, que me he decidido, por matar el tiempo, á escribir mis impresiones diarias. He oído decir que esta especie de examen de conciencia diario suele gustar leerle

luégo, y á veces es de alguna utilidad. Afortunadamente poseo una preciosa agenda de bolsillo, lápices y dos horas que no sé en qué emplear hasta que llegue la de comer.

¿Dónde me instalaré para que no me molesten? Si el *Sócrates* es grande y pesado, en cambio no tiene comodidades ni amplitud. Mide trescientas toneladas y no está preparado para conducir pasajeros. En la proa, los marineros, el grumete, el cocinero, diez personas en junto, descansan en hamacas de tela gruesa, en camarotes colocados unos sobre otros. En la popa, mi padre, mi madre y yo vivimos con el capitán y el segundo. Estos dos oficiales se acuestan en una especie de armarios, dispuestos en el muro de la cámara común, si bien es cierto que cuando cada uno de ellos tiene que ir á reposar á aquella parte del buque nos está vedada la entrada, aunque sea en pleno día.

Mi padre goza de la inapreciable ventaja de ocupar él solo la cámara de babor: es verdad que sirve al mismo tiempo de almacén de víveres. El autor de mis días está rodeado de latas de sardinas y conservas alimenticias y de grandes quesos de Holanda, pintados de encarnado. Vese también obligado á dar asilo á un millar de huevos, que en el puente estarían

muy expuestos. No le faltan más que los pollos; pero éstos están encima de su cabeza, en una jaula colocada bajo la toldilla. Tiene toda especie de felicidades. No me atrevo á decir que está muy contento, porque sería desconocer su carácter y anticipar los sucesos.

Mi madre y yo ocupamos una misma cámara: ella el camarote de encima para establecer su superioridad; yo en el de abajo: me pisotea para subir á él, y cuando tiene el sueño agitado no pego los ojos en toda la noche. Hace además tal calor en este encantador recinto, y tengo tanto miedo á las cucarachas, asqueroso insecto de que hemos traído del Brasil una colección completa, que la mayor parte del tiempo me acuesto por pura fórmula y sin esperanza de dormir.

Me sería, pues, bastante difícil aislarme en el interior del buque; pero me queda el puente. En la parte de proa no hay que pensar, pertenece á los marineros y sería echada de allí. En el centro del buque está la cocina, cuya vecindad ofrece inconvenientes. La toldilla podría servirme, tiene cuatro metros de ancho por cinco de largo; pero las jaulas de los pollos ocupan una parte, un cochinillo está tendido en otra; el segundo del buque, con un cigarro en la boca, se pasea, va, viene,

da á cada instante órdenes á la tripulación; está prohibido acercarse al timonel; mi madre está allí tendida en una hamaca que, por complacencia, el capitán ha hecho que aten al palo mesana, y mi padre, apoyado en los obenques, se dedica á enseñar á hablar á unas cuantas cotorras que compró en el Brasil. Cuando sus discípulos, fatigado el espíritu, se hacen indóciles, pasa á otros ejercicios para entretener sus ocios, y gesticula, amenaza con el puño al cielo, al mar, á las velas; se queja del calor, del sol, de los olores que suben de la cala, llena de azúcar, del almuerzo que acabamos de tener, de la comida que se prepara, de la cual hace la crítica por adelantado, de los oficiales, de los marineros, del cocinero sobre todo, porque *le quiere entrañablemente*. Y como sus quejas son ruidosas, me es imposible, en los sitios en que él está, abstraerme y pensar á solas.

Me he salvado; á popa, fuera del buque, está colgado como en un *porta-mantas* un bote, antiquísima canoa, tan pesada y tan fea como su principal; pero cuyo seno puede ofrecerme un asilo. Yo soy ágil, podré fácilmente deslizarme hasta ella, y medio oculta por la cubierta del buque, sentada en un banco, podré gozar del máximo de comodidad que puede

proporcionar en alta mar un barco como el *Sócrates*.

Héme ya instalada en mi despacho. Nadie me incomodará en él. Los ruidos de á bordo, la voz de mi padre, los gritos de sus cotorras llegan á mí muy apagados. Mi agenda está abierta, tengo un lápiz en la mano, estoy dispuesta á escribir.

Ante todo, ¿qué motivos me han obligado á dejar el Brasil y hacer rumbo hacia Francia?

Mis padres que lo han querido.

¿Por qué?

Permitidme, lectores, que os los presente en vez de responder á esa pregunta que nadie me hace, pero que me apresuro á dirigirme, porque conviene á mis propósitos.

II

Mi padre nació en el Havre, en la calle de París, cerca del mercado. Sus padres, comerciantes al por menor, regularmente acomodados, hicieron grandes esfuerzos para darle una buena educación, pero de carácter ligero, difí-

cil de fijarse en nada, aprovechó muy poco sus sacrificios. Después de haber estado en todos los colegios del Havre y de Honfleur, le pusieron, cansados de pelear con él, en casa de un corredor, que poco después abandonó para marcharse con un asegurador marítimo; pasó en seguida á casa de un armador, que bien pronto cambió por un depositario de mercancías.

A los veintitún años perdía á su padre y á su madre y heredaba unos treinta mil francos. A los veintidos años había consumido su pequeña herencia. Entonces, seducido á un tiempo por la perspectiva de hacer largas travesías por mar, entusiasmado con la idea de tomar pasaje en uno de esos buques que había visto tantas veces pasar por delante del muelle, desplegar sus velas y perderse en el infinito, se entendió con algunos comerciantes en bisutería del Havre, en casa de los cuales había dejado parte de sus treinta mil francos, le dieron, á crédito, una pacotilla de relojes, brazaletes y pendientes de poco valor, pero muy apreciados al otro lado de los mares, y se embarcó para el Brasil.

Pasaba un día por el barrio de Boa-Vista, en Pernambuco, llevando en una mano, á usanza del país, para preservarse del sol, un gran

paraguas de seda, y en la otra su caja de muestras, cuando se detuvo desvanecido, encantado.

Boa-Vista que, por medio de puentes hechos sobre el río de Capibaribe, pone en comunicación al arrecife con San Antonio, los barrios aristocrático y comercial de la ciudad, no es, propiamente hablando, más que un arrabal, donde se ven alineadas una larga serie de *chozas*, como las llaman en el Brasil, de tres á cuatro metros escasos de elevación, cubiertas de tejas grandes y que no tienen más que dos aberturas al exterior, una de las cuales sirve de puerta y la otra de ventana.

Como esta única ventana se halla al nivel de la calle, un enrejado bastante espeso deja penetrar la luz en el interior de la *choza*, librándola de las miradas indiscretas de los transeuntes. Pero la brasileña, desocupada, y por consecuencia curiosa, gusta de darse cuenta de lo que en la calle pasa, y sobre todo, de que la miren; por eso sabe disponer ese enrejado de tal modo, que por algún sitio pueda pasar su cabeza.

Mi padre había percibido unos grandes ojos negros, de maravilloso brillo, unos labios tan rojos como la granada en flor, que serpenteaba por el enrejado, una frente de diez y seis años

y una abundante cabellera; cubierta con una blonda negra que caía haciendo grandes pliegues, de uso tradicional en el Brasil.

Se paró, y sin perder de vista, á pesar de su súbito entusiasmo, el objeto de su paseo por Boa-Vista, apretó el muelle que cerraba su caja de muestras y se la presenta abierta á la que habitaba aquella casa.

Entonces fué ella la que quedó asombrada.

Para ver desde más cerca los collares y los pendientes, se apresuró á abrir la puerta de su habitación al comisionista en bisutería, le hizo entrar en una especie de salón cuyas paredes y suelo estaban cubiertos de estera fina y amueblado con un gran canapé de mimbres, varias mecedoras y una hamaca. Examinó largo rato todos los aderezos, se los probó, los ajustó, después la dió la idea de alzar la vista hacia mi padre, y se apercibió de que, en su género, era tan buen mozo como ella guapa chica.

Sobre todo le encontraba un gran mérito, lo confesó después, era el de no parecerse en nada á los brasileños, pálidos, gastados, viejos á los veinticinco años. Tenía el color rojo, los cabellos rubios, cosa rara en la América del Sur, los ojos azules, excepción más rara aún. Estaba vestido á la última moda fran-

cesa, lo cual seduce siempre á las mujeres de Ultramar, y su estatura elevada acabó de volver loca á la vecina de Pernambuco, cuyos compatriotas son en general pequeños de talla.

En una palabra, que el rubio hijo del Norte produjo viva impresión en la morena hija de los Trópicos. Mi padre descuidó su comercio por hacer frecuentes visitas á Boa-Vista. No se ocupaba ya de alhajas, sino de platicar tiernamente con el ama de la casa, muellemente tendida en la hamaca, y su visitante sentado junto á ella en una de las mecedoras. A las seis de la tarde, cuando la noche, tan pronta y tan rápida en el Ecuador, donde el crepúsculo es desconocido, esparcía alguna frescura en el aire, abandonaban el salón y se refugiaban en el jardinillo, de un centenar de metros, que hay detrás de cada una de las casas del barrio. Sentábanse nuevamente el uno junto al otro, bajo un gran cocotero, cuya cima se perdía en las nubes, y hablaban de Francia: mi padre la echaba de menos desde el día en que había salido de ella, y la hija de Pernambuco, como todas sus compatriotas, ardía en deseos de conocerla.

¿Qué más he de decir? Después de amarse se casaron, y yo nací de esa unión, hace ya unos veinte años.

Por lo que he dicho de la belleza incontestable de los autores de mis días, y según todas las reglas de la Naturaleza, yo debería ser hermosa. Pues nada de eso. Soy fea, pero mucho; el amor á la verdad me arranca esta confesión dolorosa, enteramente despojada de artificio.

La raza normanda parece que es rebelde á todo cruzamiento con la raza brasileña, ó más bien con la portuguesa; porque el brasileño no es más que un portugués que ha atravesado el mar. Sus descendientes no sacan ninguna de sus buenas cualidades: son anémicos, degenerados. Si mi madre es de baja estatura, mi padre es alto y robusto; yo tenía derecho á tener lo menos una estatura mediana. Y lejos de eso, soy pequeña como mi madre, sin tener su gracia ni su agilidad, sus carnes magníficas, ni su andar descuidado, pero cadencioso, de criolla.

Sin embargo, me parezco á uno y á otro, y á pesar de su deseo de renegar de mí, no se han atrevido. Si no me han transmitido ninguna de sus bellezas corporales, todas sus imperfecciones se encuentran en mí, aumentadas y centuplicadas. Mi madre es delgada, esbelta; yo soy huesosa; ella es pálida, de un color mate muy apreciado; yo soy tan amarilla como

el membrillo. Su frente es poco espaciosa; yo no tengo ninguna. La nariz de mi padre deja algo que desear bajo el punto de vista de la corrección; la mía es espantosa. Lo único que les he robado han sido los dientes, que son soberbios; los míos son buenos, pero no sirven sino para hacer resaltar aún más mis labios descoloridos, secos y del grueso de una hoja de papel.

Toda persona deseosa de escribir con fidelidad sus Memorias, debe empezar por hacer su retrato. Yo he cumplido ese deber, no sin costarme sumo trabajo, porque soy entusiasta admiradora de la belleza. Es sin duda una mala pasada de la Naturaleza: ha querido que tenga conciencia de mi fealdad.

Sufro mucho por ello, gracias á mi carácter deplorable, que proviene de mi padre y de mi madre; se han mostrado en eso, por excepción, excesivamente generosos conmigo.

Mi padre es el hombre más.

23 Abril.

En el momento de ir á continuar la frase, un grito terrible oyóse en el puente del *Sócrates*; otros le hicieron coro y oí estas palabras,

que causan tan grande emoción á bordo de un navío: «Hombre al agua.»

El capitán se dirigió á la toldilla. En menos de un segundo se dió cuenta de la situación. Sus órdenes, repetidas por el contramaestre, se sucedían presurosas; aún me acuerdo de ellas y estarán eternamente grabadas en mi memoria:

«Echad la boya de salvamento... cargad las velas bajas... soltad el gran foque... el timón quieto... dos hombres á la embarcación... recoged los aparejos... preparad los remos...»

Todas estas órdenes fueron ejecutadas con una rapidez maravillosa por la escasa tripulación del *Sócrates*. Parecía que estábamos en un buque de guerra. Todos los marineros comprendieron la necesidad de obedecer prontamente. Uno de sus camaradas estaba en peligro de muerte; estaban expuestos, acaso al día siguiente, al mismo peligro, y por humanidad, tanto como por previsión del porvenir, hicieron con entusiasmo aquellas maniobras, cuya importancia para nadie era desconocida.

Pero yo, que tuve la desdichada idea de convertir en despacho mío el único bote que el buque tenía, yo, que no tuve tiempo de pasar á la toldilla, antes de dar órdenes de

que la canoa fuese arrojada al mar, el capitán no había dicho que la desocupasen, y los marineros, decididos á no perder un segundo, me llevaron con ellos sin hacer caso de mis protestas.

III

¡Qué ha sido de nosotros! Estaba sentada hacía cinco minutos en el fondo del bote, sólidamente sujeto al *Sócrates*, y no formando, por decirlo así, más que un solo cuerpo con él. Evoqué mis recuerdos, y cuando se me presentaron claros y distintos, los confié á mi agenda.

El viento soplaba dulcemente, el calor disminuía, olas transparentes jugueteaban al rededor mío; el cielo estaba azul por encima de mi cabeza, pero el sol, que ya declinaba, antes de desaparecer en el mar, teñía de tintes purpúreos las nubes del horizonte. Sí, cansada de escribir, me inclinaba fuera del bote, mi mirada encantada seguía la larga silueta, sembrada de venas blanquecinas que el navío dejaba tras sí.

Los defectos del *Sócrates*, bajo el punto de vista de la velocidad, se transforman en cualidades ventajosas con respecto á la seguridad personal. Su pesadez le hace más sólido, su proa redondeada es poco á propósito para hendir las olas, pero le permite burlarse de los golpes de mar, é inspira confianza á los pasajeros. Como no podía sumergirse mucho en las olas, no se temía á cada instante verle hundirse para volver á aparecer. Con buen tiempo y un aire igual, se experimenta tanta tranquilidad en medio del Océano, en esos buques de construcción antigua, como en tierra firme en una casa de piedra sillería.

¡Ahl pero no era en el *Sócrates* donde estaba ahora refugiada. Estaba muy lejos de mí. A pesar de los esfuerzos del capitán y de la tripulación, se vió obligado á continuar su marcha algunos minutos más. No se detiene de pronto un buque de vela que marcha en el espacio: es preciso, según me explicaron después, esperar á que su andar se debilita: la maniobra consistente en poner al paio la gavia mayor sobre el mástil, exige tiempo, sobre todo, cuando de nueve hombres que lo tripulan uno ha caído al mar y otros dos han tenido que salir á recogerle.

Me encontraba en medio del Océano con

dos marineros. Remaban vigorosamente hacia un punto negro que se dibujaba á unos centenares de metros.

Era el desgraciado que teníamos la misión de salvar, porque yo cumplía una misión, yo misma; no lo había pedido, es cierto, y me había sido confiada en el momento en que menos lo esperaba.

El tiempo urgía, cada minuto de retraso podría originar la muerte del marinero que había caído al agua; no había podido coger la boya de salvación que se le había echado; fué arrastrada por la corriente, y nadando era como se sostenía sobre la superficie del agua. No tenemos gran confianza en sus fuerzas, paralizadas por su pesada vestimenta.

A lo lejos, el *Sócrates* marcha, marcha siempre: obedece aún al movimiento que llevaba, porque si es lento para ponerse en marcha, lo es más aún para detenerse.

No hablemos mal, sin embargo, de ese querido buque, cuyo arqueado es desconocido, en que el balanceo es sensible únicamente en los malos tiempos. Yo me acuerdo de todas sus buenas condiciones en este momento en que bailo de un modo terrible dentro de la cáscara de nuez en que estoy metida. A quinientas leguas de todo continente, la mar forma terri-

bles remolinos, de incalculable fuerza. Sus olas no tienen semejanza con las de la Mancha, que vienen á romperse en nuestras costas; ellas se forman en el horizonte, se aproximan, se hinchan y se desarrollan con movimientos llenos de majestuosa lentitud.

Cuando, como yo, se encuentra uno á merced de ellas, en un débil esquife, nos sentimos elevados á la inmensidad; diríase que el cielo las aspira y que vamos á perdernos con ellas en las nubes.

Pienso en el abismo que se abre á mis pies: mil, dos mil, tres mil metros de profundidad. Por encima de mi cabeza el infinito; por debajo el infinito también. Y de ese abismo me separan dos ó tres centímetros de madera; entre él y yo no hay más que el espesor de este débil bote.

¡Pero no! ¡ni aun eso! Esa barrera ya no existe; las olas la han abierto. Bajo el ardiente sol del Brasil, las planchas de madera del viejísimo bote se han resecado y desunido, el alquitrán que las preservaba del agua se ha fundido; nuestro único abrigo hace agua por todas partes.

Uno de los marineros ve el peligro. Como no puede abandonar su remo, me indica con la mirada una escudilla de madera que se en-

cuentra bajo un banco, y me ruega, ó mejor, me manda que vacíe el agua de que va llenándose el bote. No era nada hábil para ese ejercicio, las fuerzas me faltaban; pero se trataba de defender la vida, y no vacilé en obedecer...

.....
 No estamos ya en una canoa; se ha transformado en el tonel de las Danaides; cuanto más agua saco, más se va llenando. Me llega ya á media pierna, y si continuó maquinalmente mi trabajo, no dejo de conocer al propio tiempo su completa inutilidad.

.....
 El instinto de la propia conservación me ha hecho olvidar al hombre que tenemos la misión de salvar, y no pienso más que en el peligro que corremos en el bote.

.....
 El bote está lleno hasta la mitad. Me asombra que aún no se haya sumergido, y esto no puede tardar. ¿Qué será de mí entonces?

Una embarcación combatida por el viento (y este espectáculo lo he presenciado muchas veces en mis correrías), se vuelve casi siempre, y su quilla ofrece un refugio á los naufragos. Pero una embarcación que se hunde por el peso del agua, no tiene más remedio

que desaparecer y arrastrarnos con ella al abismo, ó dejar que floten sobre las olas.

¿Qué haré? Yo no sé nadar. ¿Se ocuparán de mí mis compañeros?

Interrumpí mi trabajo y cerré los ojos; tenía miedo.

De repente, en medio del silencio, hieren mis oídos estas palabras: «Dejad que se acerquen, timón al viento.»

Era la voz del capitán. ¿Estaremos junto al Sócrates?

Abrí los ojos y vi mi querido buque. En vez de ponerse al paio, había virado á babor, y estaba á unas cuantas brazas de nosotros.

¡Estaba salvada!

Pero, ¿y el otro? ¿El que cayó al mar?

Nos hemos aproximado á él. Sus fuerzas parecen abandonarle; ya no nada, sólo se defiende.

Acabo de conocerle. Es el cocinero del buque; el enemigo personal de mi padre.

¿Participaré de los odios de mi familia? Cualquiera lo diría. Ese hombre, que después de haber luchado largo tiempo contra la muerte, va á perecer probablemente, no me inspira gran interés. Permanezco insensible y fría ante el terrible espectáculo de su agonía.

¡No! debo ser franca; estas Memorias no contendrán jamás una mentira: las enemistades de mi padre no influyen para nada en mis sentimientos; no me intereso por ese hombre, sencillamente porque es viejo, feo, ridículo. He experimentado muchas veces ya ese sentimiento: la fealdad me aleja y me descorazona. Sus sufrimientos no pueden enternecerme: hay algo en mí que me impide dar testimonios de mis simpatías. Me entusiasma todo lo que es bello, y huyo de lo que pueda ofender mi vista. Ya tendré ocasión de insistir acerca de esta mala disposición de mi naturaleza: hoy lo hago constar nada más como de pasada.

¡Ah! si algún joven y vigoroso marinero, de pecho desarrollado, de largos cabellos y de mirada expresiva se ahogase á mi vista, asistiría conmovida y anhelante á esa sublime lucha de la juventud y de la belleza contra la muerte. Aquel viejo no podía interesarme.

Felizmente para él, se interesan mis compañeros. Reman con más brío, hacen esfuerzos sobrehumanos para vencer la resistencia que les pone la pesádez del bote, consiguen aproximarse al moribundo cuando estaba á punto de desaparecer y le echan una amarra. No tiene bastante fuerza para cogerla, y entonces se

inclinan hacia él, le levantan y le arrojan dentro de la barca, que, con aquel nuevo peso, estuvo á punto de sumergirse.

El *Sócrates* nos atraca y nos echa amarras, que aceptamos con reconocimiento.

Nos izan, abordamos, tienden una escala de cuerda y me veo ya en el puente del buque.

En razón al peligro que acabo de correr esperaba ver á mi padre y á mi madre lanzarse anhelantes sobre mí, y á pesar del poco cariño que me demuestran de ordinario, abrirme sus brazos. No hubo nada de eso. Mi madre, de pie, junto al palo mayor, tiene los ojos fijos con interés en un grupo de personas reunidas cerca de la toldilla. ¿Qué es lo que contemplaba? ¿Por qué había tanta cólera en su mirada?

Y mi padre, ¿dónde está? ¡Ah! forma parte del grupo, oigo su voz.

—¡Es una indignidad!— decía:—no se ponen esposas á un pasajero; nunca se ha visto tal cosa.

—Pues será la primera vez que se vea—respondió el capitán furioso,—y si continuáis siendo tan testarudo, doy orden de que os tiren al mar, como habéis echado al otro. Estad seguro de ello y de que no nos desviaremos de nuestra ruta para recogeros.

Esta amenaza produjo impresión en mi pa-

dre: no se le oyó más. Pero, ¿qué querían decir las palabras del capitán «como habéis arrojado al otro»? ¿Era el autor de mis días el que...

Hay que profundizar ese misterio.

IV

Después de adquirir informes exactos, he sabido que Lelievre fué el autor del suceso. Lelievre es el nombre de mi padre; yo me llamo la señorita Lelievre. Si mis padres no me han dado su belleza, me han otorgado en cambio su precioso nombre, tan bien apropiado á nuestra vida, siempre errante.

¿Por qué ha arrojado mi padre al mar al cocinero del buque? Esa conducta merece alguna explicación.

El señor Lelievre no ha podido consolarse jamás de haber tomado pasaje en el *Sócrates*. Sin embargo, estaba en libertad de no haberse embarcado en él. Le había examinado minuciosamente, desde la cala á la toldilla; había medido la longitud de los lechos, gustado el

vino, contado las cajas de conserva y debatido durante tres días las condiciones de su pasaje, el de mi madre, el mío y el transporte de sus cotorras. Había pensado en los menores detalles, y me acuerdo que hasta tuvo la idea, bastante extraña por cierto, de pedir al armador del navío que se obligase á conducirnos al Havre en cuarenta días lo más. El armador le contestó que el viento era el único que podía aceptar obligaciones de esa especie, cuando se trataba de un barco de vela; mi padre se incomodó, y discutió de tal modo, que en vez de obtener alguna rebaja en el precio de transporte, tuvo el sentimiento de verle aumentado en un centenar de francos.

En una palabra, no había sido sorprendido en nada, pues conocía á las mil maravillas todos los defectos del buque destinado á tener el honor de transportarle á él y á su familia. Sin embargo, desde que se embarcó no se vió libre de su mal humor. Decía que había sido engañado, no acerca de la cantidad de alimentos, puesto que los había pesado, sino sobre su calidad; las conservas, según él, estaban mohosas, el vino adulterado; se quejaba, al cabo de un mes de estar embarcado, de no comer huevos frescos. Se abusaba de la cecina, los pollos parecía que tenían empeño en

no querer engordar, y el capitán se reservaba para sí los alones. Al contrario de lo que se acostumbra en los demás buques mercantes franceses, según decía él, no se daba Madera y Champagne nada más que los domingos, y tenía derecho á beberlos el jueves.

Se hizo sobre todo terrible el día en que el capitán hizo llevar á su camarote tres barriles de huevos y veinticinco quesos de Holanda. Pretendía que estaba decretada su muerte, y como á pesar de sus quejas los huevos y los quesos continuaron en su sitio, se negó á acostarse en su compañía y pasó la noche sobre el puente, tendido cuan largo era sobre una jaula de pollos. Al día siguiente se despertó lleno de dolores. Pero demasiado orgulloso para ceder ante unas cuantas docenas de huevos y de quesos holandeses, volvió á ir á la noche siguiente á su alcoba al aire libre.

Pero esta vez, los marineros, que no podían sufrirle, al salir el sol, á la hora en que se hacía la limpieza del *Sócrates*, aprovecharon con mucha sorna su sueño para arrojarle á las piernas un diluvio de agua. Se levantó furioso, y sobre todo inundado; pero ante la fiera actitud de cinco ó seis marineros armados de cubas y de bombas de mano, tuvo que reprimirse prudentemente. Aquella noche ya entró

en su camarote y se durmió tranquilamente con los piés apoyados en un barril de huevos y la cabeza muellemente reclinada en un redondo queso de un precioso color rojo.

El capitán, después de haber escuchado durante tres días las quejas de mi padre, le volvió la espalda. El segundo del buque fué más paciente; recibió sus confidencias una semana entera; pero pasado ese tiempo, no hizo caso de ellas, y siempre que el señor Lelievre aparecía en la toldilla, se volvía á popa cuando el pasajero se dirigía á proa.

Pero como era indispensable que mi padre hiciese partícipe á alguien de sus tribulaciones, hizo recaer toda su cólera sobre el cocinero. Le quitaba su importancia cada momento y por cualquier causa. Le llamaba en broma marmitón y cocinero del diablo. Cuando el pobrete, exasperado, llegaba á contestarle, iba á quejarse al capitán, y éste, obligado á mantener la jerarquía de cada cual y la disciplina, deseoso sobre todo de verse libre del intratable Lelievre, le daba muchas veces la razón.

El desgraciado jefe de cocina juró á mi padre un odio atroz. La guerra que se hacían era sorda, encarnizada, sin cuartel. Si el uno era más fuerte, ¡tenía el otro tantas ocasiones en qué vengarse! ¡Ah! ¡cualquiera puede co-

meter la locura de hacerse enemigo del cocinero! ¡Dios tan sólo es capaz de saber lo que nos habrá hecho comer el del *Sócrates!*

¡Y al fin estalló la bomba! Estaba cómodamente instalada, una hora haría ya, en el bote, con objeto de escribir mis Memorias, cuando mi padre se sintió con sed: llamó al hombre que hacía á bordo el oficio de camarero, y le pidió un vaso de agua y vino. La víctima de mi padre obedeció con docilidad, y llevó la bebida que se le pedía. Apenas la había tocado Lelievre con los labios, lanzó un grito. No era un vaso de agua lo que había servido, era todo un *aquarium* completo. El vino tenía en su seno seres vivientes, y hasta una cucaracha nadaba dentro de él; mi padre había estado á punto de tragársela.

Hizo responsable á su enemigo de la broma de la cucaracha, y se dirigió á la cocina para producir uno de esos escándalos que tanto le gustaban.

El cocinero, inocente acaso de la broma que se le atribuía con tanta viveza, cansado de las advertencias continuas de mi padre, y sobre todo, herido en su amor propio, porque la tripulación entera fué testigo de aquél, acabó por volverse en contra de él y hacer frente á su adversario.

El señor Lelievre no tenía mucha paciencia, creo que no tengo necesidad de advertirlo. Mandó al jefe de cocina que se callase, pero éste no le hizo caso. Le amenazó con tirarle al mar; aquél se echó á reir, y los marineros que le rodeaban le hicieron coro. Entonces, seguro de su fuerza, cogió mi padre al cocinero con una mano por el cuello y con la otra por las piernas, le levantó en alto como una pluma, y le tuvo suspendido sobre el abismo, sin soltarle.

Los marineros se destornillaban de risa, y no pensaban en defender á su camarada; creían que era una broma. Por lo demás, es preciso confesarlo, no se tiene en olor de santidad al cocinero de un buque; él es el responsable de las economías que se hacen por el armador en la calidad de los víveres y la abundancia de las raciones. El capitán descansaba en su cámara, ó más bien en la nuetra; el segundo se paseaba por la toldilla, fumándose un cigarro y consultando la brújula, sin prestar gran atención á la riña que había en la proa, y sin tratar de intervenir en un debate en el que el señor Lelievre era principal autor.

Estaba seguro de que mi padre no se atrevería á arrojar al mar á su adversario; le te-

nía suspendido sobre el abismo para intimidarle, para asustarle, para darle una buena lección, sobre todo para dar muestras de su fuerza á toda la tripulación. Pero lleno de cólera, se vió éste sobrecitado por las risotadas de los marineros.

—¡No se atreverá! ¡no se atreverá!—decían los del grupo.

—¡Al agua, al agua!—gritaban los grumetes.

—¡Se acobarda!—chilló alguien.

En el mismo momento, furioso el cocinero al verse en aquella situación y considerarse impotente para defenderse, viéndose obligado á no poder usar sus piernas, pero libres aún sus manos, tuvo la desdichada idea de dar un trompazo á mi padre. Éste, en el colmo de la exasperación, extendió los brazos, abrió las manos, y según una frase usual, lo tiró todo.

No se acostumbra, según parece, en los buques arrojar los cocineros al mar, porque son de una utilidad incontestable. Sería además muy malo seguir esa costumbre, porque del mismo modo pudiera á cualquiera ocurrírsele desembarazarse de los marineros, lo cual podría ser muy perjudicial para las maniobras; en fin, cuando cae un hombre al agua se trata de recogerle; la marcha del buque se retra-

sa é intereses muy importantes pudieran verse comprometidos. El capitán despertóse sobresaltado al oír la voz de «hombre al agua», y se lanzó al puente, como ya he dicho, se dió cuenta de la situación y dispuso las maniobras necesarias para que fuese salvado. Cuando estuvieron terminadas, tuvo que pensar en otros cuidados: se dirigió á mi padre y le mandó que fuese á recibir sus órdenes á su cámara.

Mi padre se negó á obedecer. Se sabe lo demás.

El castigo de poner las esposas se usa muy pocas veces con los pasajeros de un buque mercante; pero, á decir verdad, también ocurre muy pocas veces que se arroje en ellos al mar al cocinero. El castigo es tan excepcional como el delito. Por eso sin duda tuvo un éxito inesperado: mi padre se calmó como por encanto. Pero mi madre lanzó mucho tiempo después furiosas miradas al capitán. Yo me bajé á mi camarote, para mudarme de ropa, porque la tenía completamente mojada desde que me ví empeñada á la fuerza en la empresa de recoger al pobre cocinero.

V

El bote del *Sócrates* se vació, fué izado sobre el puente y sujeto á sus aparejos después de haber sufrido las reparaciones indispensables. Me instalé en él y le transformé de nuevo en despacho, con la esperanza de que, al menos durante algunas horas, no volvería á caer al agua ningún cocinero.

Mi padre continuaba con las esposas puestas, y mi madre acariciaba en su interior proyectos de venganza. El jefe de la cocina entró en su departamento para secarse y ocuparse de nuestra subsistencia. Puso todo su cuidado y nos dió una buena comida, que hacía pasar por delante del prisionero, condenado á no tomar más que pan y agua. Cuando éste volviese á ocupar su sitio en la mesa, la guerra empezaría de nuevo, era de esperar, y volveríamos á encontrar cucarachas en la sopa. Pero por el momento yo aproveché aquella tregua tan bienhechora para mi estómago.

En el momento en que iba á permitirme en